

© Cuentos que quieren ser algo más

Aldana Valloni



Capítulo 1

□□ □□ □□

INTRODUCCIÓN QUE PUEDES SALTEARTE SI NO TE GUSTAN LAS INTRODUCCIONES

□□

□□

□□

Normalmente soy el tipo de lector que saltea esta parte de los libros, porque tengo poca paciencia y me gusta llegar al punto de la historia; pero creo que esta ocasión lo amerita, porque también soy el tipo de escritor que creyó que nunca escribiría nada tan corto como un cuento.

Y aquí me ven. Así que... empecemos.

□□ □□ □□

Comencé a escribir estos relatos como parte de un concurso literario en el año 2020, un tiempo que fue particularmente doloroso, emocional y físicamente. Muchas cosas estaban sucediendo en mi vida, pero la que más me afectaba era el rumbo que había tomado mi escritura. Fue el año en que descubrí que escribir se estaba convirtiendo en una obligación. Ya no me generaba placer sentarme frente a la computadora, sino tristeza, miedo y resentimiento. Claro que esto no empezó solo allí. Esto se venía gestando desde hacía mucho tiempo atrás. Pero ese año llegué a un punto de quiebre. En relación a la escritura no dejaba de tomar caminos equivocados, y al final acabé parada frente a un abismo negro. Había llegado a un callejón sin salida, que en lugar de una pared con la cual chocar me ofrecía algo parecido a una muerte insalvable, disfrazada con la apariencia de un salto de fe. Yo ya me había cansado de chocar con paredes. Y como también estaba desesperada por cumplir mi sueño, en lugar de dar la vuelta y empezar de nuevo [otra vez], simplemente, salté.

Y así es como mis *verdaderos* proyectos y yo terminamos donde nos encontramos ahora.

Ni siquiera puedo decir que *esto*, el escribir, se sintiera como un trabajo por aquel entonces, porque al menos los trabajos te llevan a alguna parte. Cuando trabajas siempre llega el momento en el que puedes poner un *punto y aparte* y respirar mientras te dices a ti mismo que has concluido algo. Que tienes en tus manos un trabajo bien hecho, endeble pero moderadamente acabado, y que puedes pasar página para empezar al día

siguiente con un proyecto nuevo. La escritura no me daba ni siquiera esta satisfacción. La escritura se había convertido para mí en una carga, en una espina que me causaba mucho dolor, pero de la cual no podía [no quería] deshacerme. Porque yo sentía que si no lograba crear algo con esto que venía marcando el rumbo de todas mis decisiones desde que tengo diez años, entonces mi vida entera no habría servido para nada. Si no lograba terminar un libro, y no cualquier libro, sino ese libro, esa lista de siete novelas concatenadas que fueron el amor de mi vida, perdería la única cosa que me hacía sentir real, única y valiosa.

Así llegué a esta antología de cuentos.

Ahora mi escritura tomará un camino diferente, o al menos eso espero [eso necesito], porque he cumplido veintisiete años y todavía no puedo quitarme esa espina de la cabeza, del cuerpo y del alma. La palabra "obligación" es demasiado amable para describir lo que siento por la literatura y su proceso de creación. Me he obsesionado con ella, y con la idea de que si no alcanzo a cumplir con mis propias expectativas una parte de mí morirá. Siempre me han gustado las metáforas de las espinas y las espadas clavadas en mi pecho, pero ahora creo literalmente que si no me quito esa espada y corto esta obsesión [de raíz, por las ramas, por la punta de una hoja o por el aroma que sopla el viento] realmente acabaré perdiendo algo muy importante. Y tengo la certeza absoluta de que, si lo pierdo, nunca volverá. Desaparecerá como desaparecen las ideas por la noche, cuando despertamos en medio de una vorágine de inspiración.

Los años me han enseñado que las musas no son un mito, sino una leyenda, y nunca regresan cuando te abandonan. Las sacaron de la más cruda y hermosa realidad. No quiero que vengan a buscarme cuando ya sea demasiado tarde, cuando los años se hayan llevado todas mis fuerzas. Cuando este cuerpo sea demasiado débil para levantar mi mano y sostener un mundo entre sus dedos, o cuando mi mente se desgaste al punto de confundir la fantasía con la realidad.

Necesito poner un punto final a la literatura que se desprende de mis espinas personales y reencontrarme con la que vive en mi corazón, porque temo que llegue el día en que no pueda volver a escribir ni una palabra más.

Para eso es este libro de cuentos.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 2

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Todos los fabricantes de muñecas tienen un taller.

Pero yo no. Yo tengo un bosque. Y el bosque no es mi taller, porque si lo fuera tendría que poner algo de mí para fabricar muñecas, y si supieras tan solo un poco de todo este asunto comprenderías rápidamente que la cosa no funciona así.

Yo vengo a buscarlas.

Las desentierro, y ellas me llaman: “papá”. Las visto, y me preguntan dónde están. Yo les respondo: “Eso no importa, ya veremos a dónde vas”. Entonces las encamino, aunque nadie, ni ellas ni yo, sepamos a dónde irán.

Creen, al verme, que yo les di la vida, pero la verdad es que solo las vine a buscar. La vida está en la tierra, en la lluvia desterrada del umbroso cielo, y en las historias transportadas por el viento. Parece un cuento, pero no te comas ese verso. No es de extrañar que este sitio posea tales características: después de todo el *bosque* existe porque allí enviamos a los muertos. Nace y crece con las canciones y las oraciones susurradas, con las plegarias, y con el relato de cosas inacabadas. Lo recorren suspiros fantasmales, los arbustos son toscos y tienen dedos de ceniza, y los troncos miran con ojos de lechuza.

Por cada historia de vida y muerte hay un árbol de profundas raíces, y allí debajo, en la parte más oscura, es donde se engendran las muñecas.

Yo solo voy a buscarlas. Las despierto.

Y las suelto.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (1).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□ □□

Capítulo 3

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

En la foto que posee el fantasma podemos ver la habitación en la que este murió cuando todavía era una persona.

La *posee*, pero no la sostiene, porque los fantasmas carecen de cuerpo con el cual soportar el peso de las cosas.

Este es uno de los motivos por los cuales no se ha desprendido de la foto: porque, en realidad, es la fotografía la que le permite quedarse en el lugar donde murió.

Sin ella se elevaría.

Sin *ella* se dispersaría en el aire, como copos de agua helada extendidos en la nieve.

Y así el fantasma pasa sus días observando los cristales de las ventanas, agitando suavemente las cortinas empolvadas, y atravesando las paredes negras de su antiguo castillo, frío, oscuro y olvidado.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (2).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 4

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Queda poco.

Mi pueblo siempre fue un lugar minúsculo. No es de extrañar que con el tiempo se fuera haciendo más pequeño, y con él las casas, los edificios públicos, las tiendas, y la gente.

Ahora todo lo que queda son cosas más que diminutas.

¿Qué quedará mañana?

Menos que poco.

Las cosas que antes eran pequeñas han desaparecido. Ya no hay pasto. Ya no hay pájaros. Los gatos tienen el tamaño de un llavero y los perros son la mitad de los cordones de un zapato.

Por supuesto que la gente va desnuda, porque han tenido que comerse su ropa.

Queda poco.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (3).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 5

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Cada mañana me encaramaba en la misma rama de la higuera, sin ninguna inocencia, para escucharte tocar el violín. Porque vos no sabías que yo existía, y pensar en el día en que esas manos que arrancaban himnos de las cuerdas me reconocieran por primera vez me llenaba de energía y de pavor. Cada día con la salida del sol te deseaba y te temía más.

Pero en la víspera de un invierno, sin darnos cuenta, crecimos tanto que ya no hubo forma de engañar al tiempo.

Cambiamos y este amor se volvió tan fuerte y tan pesado que su propia densidad amenazaba con quebrar el puente del mágico instrumento y el balcón de mi castillo. La madera oscura se había pintado de arena bajo esos dedos ágiles, que la acariciaban más y mejor de lo que vos seguro acariciarías a tu chica. Me enseñaste desde la distancia que los artistas son por naturaleza infieles. Están casados con su arte y el resto de hombres y mujeres somos sus amantes... Es previsible que las personas se desgasten en ese tipo de relación. Igual no me molestaba. Yo quería desgastarme mirándote.

Pero no fue el puente del violín lo que hizo "crac".

Vos, que ya tenías diecisiete años, no te quedaste viudo.

Pero yo ya era demasiado mayor para andar trepándome a los árboles, aún con este corazón de infanta.

Desde entonces sigo escondida, dormito en las ruinas del balcón de mi castillo, pero ya no escucho himnos sino flores musicales a la sombra de la higuera, del tipo que despiden a los muertos en torno a las piras funerarias.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (4).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□ □□

Capítulo 6

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Dominadas las piernas por espasmos, con un grito de dolor encerrado en su pecho y un torrente de lágrimas que no logra encontrar su ruta de escape [porque las ha erosionado todas], la chica se repite que quiere morir. Que quiere que termine.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (5).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 7

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Salió de entre los árboles que se encontraban a los márgenes del camino que conducía a la universidad.

Los árboles estaban del otro lado de la cerca.

Solo nos separaban un tejido de alambre a través del cual se podía ver todo, y columnas de cemento gris que el viento había inclinado como estacas arrojadas por gigantes desde el cielo.

Y aunque se veía todo, daba la sensación de que no podías ver nada.

Había una rama, rota, que colgaba de las púas que coronaban el tejido, dándole imagen de cerca eléctrica en el fin del mundo.

Y el hombre me miraba, con sus grandes ojos azules, entre las delgadas fibras que nacían del tronco del árbol más grueso.

Le devolví la mirada, pero porque no sabía qué otra cosa hacer.

Hay una forma muy especial en que los ojos aprenden a mirar después de determinado tiempo.

Y eso da miedo.

¿Qué haces con un desconocido escondido en el confín del mundo que solo se detiene y te mira con total naturalidad, como si llevara siglos haciéndolo?

Ladeé la cabeza en un saludo torpe, y me fui escuchando a mis espaldas el aleteo de un ave que buscaba nido en la parte más alta de aquella frondosidad.

Que *era* y *no era* bosque. Que era algo *intermedio*.

[Como el hombre].

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (6).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 8

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Llegué a casa y me senté a la mesa en la cocina, rebuznando como un burro. Es que me sentía ruda y poco inteligente, porque había dicho algo malo en la escuela. Pero qué malo, ¡malísimo! Todos se rieron. La maestra me mandó a lavar la boca con agua y con jabón, y yo me puse mal porque era mi maestra preferida, esa que todos los viernes me traía fotografías para que yo escribiera cuentos.

Pero no estaba así de mala por la maestra. Ella no me hizo enojar así. Estaba enojada por otra cosa.

Mamá entró en la cocina poco después y me dijo:

—¿Por qué esa cara larga?

Por supuesto que mamá se daría cuenta. ¡Mamá siempre se da cuenta! Nada se le escapa, y ¿cómo no? Con esos ojos azules tan grandes que parecen contener el cielo, ojos de lechuza. Nada escapa a los ojos amorosos de mamá y, por lo general, tiene una respuesta para todo.

Menos para esto. Entender y cambiar a las personas casi siempre es difícil: entender y cambiar a los monstruos, imposible.

—En la escuela leímos el cuento de Caperucita Roja —susurré mi respuesta entre dientes, como quien no quiere la cosa.

—¿Y eso por qué te pone mala?

¡Ay, mamá! Eres tan buena que no entiendes, o tan ilusa que no puedes, o estás tan dañada que no quieres.

—Luego nos preguntaron por nuestras abuelas —seguí, y ella se tensó. Ya veía por dónde venía el problema—, y yo les dije que la mía era un lobo feroz.

A mamá se le escapó una carcajada tan fuerte que, aunque me resistí, se me acabó contagiando, y enseguida estábamos las dos despatarrándonos de risa. Mientras bromeaba ella se puso a preparar la comida, y me dijo que sacase al perro y que pusiera la mesa, pero que antes me lavase las manos; yo pienso que nuestra conversación le afectó de veras, porque no se dio cuenta de que me ordenó lavarme las manos antes de tocar al perro.

Me senté un rato con mi perro-lobo (de ascendencia muy pero muy lejana), y no pude evitar recordar a la abuela cuando acaricié su pelo gris y chuso. Pero Barh me inspira amor, ganas de abrazarla y de rascarle la panza; en cambio la abuela me hace sentir descompuesta. A veces la comparo con tragarse una bola de pelos (ella es la bola de pelos), pero probablemente sea peor.

A veces, la abuela me parece una criatura mística nacida de un cuento de pesadillas.

Todo conocimiento y sabiduría, ella es quien te atrae con sus extraños aromas a ropero viejo, a bolitas de naftalina y a melancolía. Te hace verla desgastada y quebradiza, como si fuera a romperse si no la miras y la cuidas. Quiere que vayas y te sientes con ella simplemente a estar; pero de a poco empiezas a ponerte triste. Te agarra un *no sé qué* en las tripas y sientes que estás en un lugar malo, que hay alguien acechándote en los rincones, en las oscuridades de la casa [hay distintos tipos de oscuridades en la casa de un lobo (aunque sea mediodía)]. Sabes que lógicamente nada va a pasarte porque es tu abuela y es tan frágil como una ramita, pero no puedes desterrar ese miedo que te invade.

Luego recuerdas lo que ella hace. Recuerdas lo que esa mujer se calla.

Y te das cuenta de que no es tan frágil como parece.

La abuela es una encantadora de oídos. Es una maga, una flautista que embruja a los niños y una susurradora de animales salvajes, una maestra de la actuación. Siempre que estoy confundida me dice: *cuida a tu mamá, no siempre va a estar*, cuando en el fondo yo sé que en realidad me está pidiendo que la cuide a ella. No puede pedírselo a mi mamá porque mató a su hija lentamente a lo largo de estos años. La mató con indiferencia y con mentiras, siendo mezquina, de todas las formas posibles en que puede matar una abuela sin dejar de ser del todo abuela. Se sienta y nos mira en busca de una oportunidad para atraparme con sus dedos largos y sus uñas afiladas. Ella también tiene el cielo en su mirada, pero a diferencia de mamá ella no es un búho o una lechuza. Es un lobo con alma de buitre al que le cuelgan retazos de piel de conejo, porque ni los disfraces se fían ya de ella.

¿Cuándo va a detenerse la abuela? ¿Quiere devorarme porque perdió a mamá? ¡Pero si ella misma se la comió!

O quizás quiere que entre por mi cuenta en su panza, que me invite, para no sentirse tan sola después de todo lo que le hizo.

No gracias, abuela: a mamá la cuido yo, y tranquila que lo hago mucho mejor que vos. Tu casa no es para nosotras, que corremos libres por el bosque y nos hacemos amigas de todos los animalillos que también te comiste, cuyos restos tiraste por ahí a su suerte. Somos más fuertes, y de cada mordida nos reponemos. Quédate metida en la cama y no salgas, que mientras tú nos acechas nosotras seguimos jugando, cantando y bailando. Nadie se atreverá a molestarte, porque todos sabemos que en la casa de la abuela vive un lobo feroz.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (7).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 9

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Había una vez un Hada escondida en un árbol de hielo. Tenía alas de mariposa y andaba siempre con los pies descalzos, patinando sobre los azulejos mientras elevaba a los cielos una canción. Nadie sabía por qué el hada jamás se ponía sus sandalias, ni por qué cantaba y cantaba pero nadie le escuchaba ni un bisbiseo. Se la veía cada día abriendo la boca a más no poder y sacando todo el aire de su diminuto cuerpo, haciendo un esfuerzo terrible que le dejaba el rostro colorado como si se le encendiera un fuego dentro de las mejillas.

Un día el Duende de los recados la encontró más extraña de lo que usualmente se la veía. Tirada en su cama de escarcha, desnuda y rodeada de almohadas y frazadas de nieve, el Hada miraba la cima del bosque y se le notaban unos nervios enormes. Había cinco luciérnagas a su alrededor, un par de tórtolas, un canario y unos dulces de apariencia deliciosa. Aun así, no parecía que a ella le atrajera la comida ni nada más que el bestiario que dibujaban las estrellas en el cielo nocturno.

Él en cambio se sintió atraído por los dulces, pues llevaba meses trabajando y ya era tiempo de una merienda: trufas, tartas, agua acaramelada, ginebra con estrato de malta, todo tenía una pinta de lo más apetecible.

Pero el Duende sabía que robarle a un Hada se consideraba peligroso. Eran criaturas impredecibles, no medían el peligro, y solían meterse en problemas antes de saber que los tenían en frente. Y esa Hada era de lo más extraña, porque cantaba y cantaba pero no salía ningún sonido de ella, solo agua en forma de lágrimas que caían sobre la tierra.

Decidido a dejar su paquete y marcharse, pasó a la casa del árbol.

Adentro el Duende se estremeció de frío, pues todo era azul y melancólico, silencioso como en el fondo de un abismo. Había caléndulas en cada una de las paredes, caléndulas vivas que volteaban las cabezas para seguirlo mientras él caminaba. Los pájaros se hacían la fiesta con las migajas de los pasteles y les arrojaban algunas a las plantas para que

estas las devoraran. Al Duende le pareció un poco macabro, pues normalmente era su especie la que comía plantas y pasteles, no al revés, pero se contuvo de decir algo al respecto.

Cuando encontró al Hada encaramada a la ventana se detuvo como aprehendido, sintiendo de pronto algo parecido a la añoranza. La fauna de su alrededor agitaba las alas y le zumbaba en los oídos, mientras una luz muy pálida bañaba el cuerpo de la criatura mágica. El Duende se sintió cansado mientras la contemplaba, con un sueño imposible de ignorar, y, bostezando, se fue acercando a la cama del hada que ni siquiera lo miraba.

Cuando se acostó junto a ella se dio cuenta de que sostenía una trufa entre los dedos blancos y que de adentro le salía un líquido extraño que se parecía a la sangre coagulada; él lo olisqueó y le dio una probadita. Era jalea de frambuesa, que salía como lava de un volcán, un poco ácida y amarga. Cuando el Hada se dio cuenta de que alguien estaba comiendo de su mano atrajo una candela y la encendió para que el Duende se calentara; y ella, lentamente, lo fue desnudando para arrojárselo entre almohadas y frazadas que se iban volviendo de hojarasca. La criatura de largas orejas y piel oliva siguió moviendo la boca, aunque ya no tenía ningún dulce en ella. Miraba con ojos dormidos y bien abiertos un resplandor en lo alto, al otro lado de la ventana, y pronto empezó a pedirle a gritos y cantos que le devolviera la fruta con esa sangre de frambuesa.

Por otro lado, el Hada contemplaba al Duende algo nerviosa. No entendía por qué ella estaba desnuda ni por qué él le hablaba a la luna, aunque solo salía silencio de su boca. Pudorosa, se puso las ropas del Duende y se dirigió a la puerta de la casa. Vio de soslayo los dulces, las plantas y los pájaros, y se sintió de pronto nostálgica y hambrienta. Dudó un momento, pero luego decidió que ya estaba llegando tarde para el Invierno, y alzó vuelo.

—Todos saben que con el Duende del Otoño no hay que juntarse —se dijo mientras convertía las hojas secas en escarcha y el viento en aguaceros, mientras iba dibujando copos de nieve en el aire y trazando piruetas en el cielo—. Quién sabe qué se habrá robado y a quién habrá molestado.

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Gracias por leer Cuentos de Concursos (8).

□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□□□ □□ □□

Capítulo 10

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Horus era una gata loca, un poco extraña y malhumorada, pero siempre brillaba por su astucia y su elevada inteligencia. Tenía ojos muy humanos para ser un gato, muy despiertos: esos ojos veían cosas que otros no, y por eso acompañaba a Shai cuando este salía a la caza de algún misterio. Mientras ella se sentaba en algún sitio alto y cómodo que le prometiera una buena vista de lo que en el territorio acontecía, él se escurría por los callejones sin salida de su casa de adobe, de espaldas a las paredes de arcilla castañas, siempre cálidas como si todavía conservaran algo de la luz de cuando el sol las secaba. Recolectaba pistas en el suelo de la cocina, entre los cacharros apilados en un rincón, debajo de los platos sucios y las cazuelas de barro, o adentro de los cuencos y los morteros. También entrevistaba a los sospechosos de turno. Shai era muy dedicado a su trabajo de vigilante. Y nunca le faltaba su fiel acompañante, la gran Horus, que silenciosa y quietecita como una gárgola de lo más agraciada se quedaba al acecho de cualquier peligro que pudiese amenazar a su mejor amigo.

Pero un día las cosas cambiaron.

De repente, de la noche a la mañana, de una siesta a la merienda, Shai había dejado de hacer lo que siempre hacía Shai. Se pasaba las tardes encerrado con montones de papeles que olían muy viejo, de pinceles de caña o de cerdas que con desgano hundía en barquitos de hollín para garabatear sobre ostracas rocallosas. Por las mañanas dormitaba frente a la imagen resplandeciente del sol naciente en la ventana y de vez en cuando toqueteaba los daktylos de un plato que casi nunca se vaciaba, olvidado en la mesa de tablas de la cocina. Todo esto era una mala señal. Shai nunca rechazaba esas galletas ni su leche de cabra caliente.

Horus intentó animarlo, tocándole la pierna sobre las sandalias y cantándole muy suavemente, pero no había caso.

Algo terrible debía estar pasando.

Una noche decidió poner fin a tanto misterio. Cautelosa y silenciosa como debía ser y como solo ella sabía serlo, se escondió en un nicho en la cocina donde una vez hubo un florero y escuchó atentamente la conversación de la familia.

Al parecer esto no era solo cosa de Shai. Estaban todos encerrados. No podían abrirse las puertas, tenían que estar con las cortinas echadas todo el día, y había que saludarse a través de las ventanas. La gente debía andar con la cara tapada y todos se bañaban algunas partes del cuerpo varias veces al día.

A Horus le pareció una tontería. ¿Cómo es que estaban encerrados si ella iba y venía cuando quería?

No quiso apresurarse y, manteniéndose oculta en las sombras frescas, siguió escuchando. Dijeron algo de una enfermedad, una plaga que estaba matando a las personas.

Entonces era cierto, y no es que ellos no *pudieran* salir.

No *debían*. Era peligroso.

¡Pero con razón Shai estaba tan triste!, ¿cómo podría hacer sus exploraciones sin el afuera? Sin salir al jardín, donde la arena escondía más pistas que cualquier vajilla sucia de la cocina, o sin que vinieran nuevos sospechosos a la casa, sin que la vida transcurriera y se moviera a su alrededor... ¿Qué misterios podían descubrirse si el mundo se había detenido?

"Tengo que hacer algo o esto irá para mal", pensó Horus, y al instante se le ocurrió una idea fantástica.

Pasaron unas cuantas horas antes de que terminara de rumearla por completo, de aliñarla en su cabeza y terminar de darle forma. Shai seguía hundido en sus papeles y sus piedras para entonces, sin probar bocado, y la familia, reunida en la sala, que en realidad no era más que una extensión de la cocina, hacía los preparativos para la última cena. Cada día había menos de dónde elegir para comer en el territorio que compartían, pero eso de alguna forma hacía que cocinar se volviera más complicado. ¿iQuién entendía a los humanos!? Todos estaban, en fin, ocupados con sus tareas, hasta que de pronto un estruendo les hizo voltear la cabeza. Corrieron al sitio del cual parecía provenir y ¡oh! ¿Qué encontraron allí? Nada más y nada menos que un hermoso jarrón de agua, muy parecido al antiguo florero del nicho, de esos con estampado en bajorrelieve multicolor, con incrustaciones de piedras preciosas y

brillantes, hecho añicos en el piso.

La familia entera estaba indignada y confundida, y nadie entendía qué había sucedido. ¿Una ventana abierta? No, esa era la habitación de papá y mamá y ahí no había ventanas. ¿Alguien lo colocó muy cerca del borde? ¿Quién estaba cerca? Nadie, porque se encontraban todos en la cocina, salvo...

—iOo-deh-kah! —exclamó la hermana de Shai, en wd-ka, un idioma del que hoy sabemos muy poco pero que entonces se hablaba mucho—. Hemau sa neferu... Shemou ebu...

—iShemau! iSa shemau! iWabet nefer! —gritó Shai, entrando en la habitación de sus padres con tanto ahínco que por poco cae despatarrado sobre sus narices—. ¿Pehenek em shemou? iIrem senet nemy shemou netjer!

Todos se lo quedaron mirando con escepticismo impreso en las miradas, y una que otra sonrisa. Ustedes también lo habrían hecho si supieran lo que Shai estaba diciendo. Aunque, a decir verdad, no sería necesario entender el idioma, porque las huellas, las pistas del delito... Bueno, hablaban por sí solas. Resultaba claro quién era el responsable del penoso accidente, pero nadie se atrevió a decirlo porque, después de todo, Shai llevaba días deprimido por no poder salir a jugar a los vigilantes y exploradores con sus amigos del Per Ankh.

Era su juego favorito, después de todo, pero resulta aburrido jugar siempre solo.

O eso era lo que Shai pensaba.

Desde la cima del ropero de sus padres, su amada Horus lo observaba de reojo mientras se lavaba las patas, preguntándose si no debió dejar algunas huellas rumbo a la habitación de su hermana, o algunas migajas de los daktylos desperdigadas por la puerta, para que la cosa no fuera demasiado fácil. Tampoco le preocupaba demasiado. Ya tendría tiempo de aprender a crear mejores pistas para Shai. Después de todo, lo de la plaga parecía que iba a durar mucho, y la vida de un explorador y vigilante podía volverse muy interesante dentro de una casa como la suya: donde, si no había misterios que resolver, siempre podría aparecer alguna gata loca, extraña y malhumorada, pero muy astuta e inteligente, para crearlos.

□ □□ □□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □

Gracias por leer Cuentos de Concursos



Capítulo 11

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Carly entra en la habitación de su hermana muerta con los ojos apagados. Todo está tan oscuro como el día en el que los duendes se la llevaron. Tiene muy claro lo que ha venido a hacer. No necesita encender la luz.

Sobre el escritorio de esta habitación, estribado contra una taza de té inglés, cuyo contenido lleva diez años enfriándose, hay un estuche de útiles escolares muy especial. Algunos lo ven y piensan que es un poco grande para ser un estuche, lo confunden con un bolso de mano; otros lo consideran demasiado frágil y articulado para ser un bolso, demasiado plegadizo, y adivinan que es una cartuchera o le atinan a decir que es una cosa preciosa porque les faltan palabras para nombrarla o describirla. Para mí es tanto una como la otra, pero también es una cosa medio melancólica y llena de recuerdos.

Uno diría que un estuche de no más de veintidós centímetros de largo y quince de alto, fabricado con tela, lana y metal, solo podría contener cosas igual de banales: un marcador rosa, uno amarillo, fibras (marrón, rojo y azul), lápices, bolígrafos, una pequeña cinta adhesiva, un corrector, un borrador y un sacapuntas. Sin duda, eso es lo que todo estuche de útiles escolares está destinado a contener.

Pero algunos objetos comunes y corrientes están impregnados de elementos invisibles para ojos despiertos. Los duendes lo saben más que nadie, porque esconden sus secretos en las pertenencias más comunes de la gente. Buscan aquellas de uso diario, las que uno no registra demasiado porque solo sabe utilizarlas. Se aprovechan de nuestra falta de contacto.

Si yo hubiera mirado más atentamente el tejido desgastado, el color verde que en su origen había querido imitar un brillante pastizal, me hubiera dado cuenta de que los pastillos se habían secado y que las costuras lucían más abiertas, como si alguien, un ratoncillo, hubiese huido entre las espigas apartándolas a manotazos. Quizás me habría dado cuenta de que el oso tejido en lana marrón ya no se sentaba para saludarme, sino que se

hundía, a la deriva, en un mar picado de olas pequeñas y dispersas, que algo muy por debajo de ellas estaba pintarrajeando. Podría haberme dado cuenta de que el oso aludía a un niño, o a un hombre, o que era el lugar perfecto para esconder al niño nacido en el cuerpo de un hombre. Y el cuidado puesto en la tela de refuerzo, para evitar que el contenido rajara el diseño exterior: esa era evidencia de que la forma de este estuche es más importante que el estuche mismo. Tendría que haberme dado cuenta de que algo estaba viviendo entre aquellas dos mitades de un mundo diminuto y apretado, como un ecosistema encastrado entre el cielo y la tierra.

Carly reflexiona sobre todo esto, se cuestiona esta información recibida en un sueño. Todavía recuerda a su hermana mayor vestida como los árboles caminando hacia un altar abandonado, cruzando un río sobre un bote conducido por un esclavo sin huesos. La ve observar los objetos que la rodean, las rocas, los arbustos, y las ondas que la lluvia abre en la superficie de agua oscura, muy distinta al agua del mar donde se hundía el oso pardo, mucho más tranquila, más silenciosa, para demostrarle cómo debe mirar.

De esta manera intenté enseñarle cómo podemos ver los objetos desperdigados en la habitación de una persona: estuches, útiles escolares, tazas de té, cuadernos, un teléfono, una computadora, polvo; todo puede parecernos nada más que eso, objetos desperdigados. Todo puede reducirse a polvo. Pero también podemos ver cosas preciosas, hacer visible lo que no se halla a simple vista; porque, en realidad, siempre hay algo que se esconde más a fondo. Siempre que miremos en el interior de nuestra habitación encontraremos historias que no pueden escapar a la descripción de esos objetos. Incluso lo que pasa más desapercibido en este sitio [un rayón en la pared, un pañuelo usado, una cartuchera vieja] ocupó un espacio y un momento en mi vida, y se impregnó de todo lo que lo atañía en este lugar y sus tiempos. Y quizás, y esta es la mayor verdad de todas, la que los duendes intentan evitar que descubramos que existe, es que con las buenas miradas podemos hacer emerger las cosas escondidas que ellos no quieren que veamos, pero que deberíamos ver. Como un mensaje muy peligroso, como una invitación muy engañosa. Como un cuchillo.

Carly se cuestiona que esto quizás no ha sido más que una ilusión, pero también se dice que todos han estado viviendo como en una pesadilla, y recuerda que su hermana tampoco veía mucho en aquellos tiempos. Hasta que un día miró, y entonces sus ojos se abrieron, tanto que dio miedo, durante diez días hasta que murió. Hasta que los duendes se la llevaron.

Carly no necesita encender la luz. Apaga sus ojos vivos para estimular otro tipo de mirada. Se acerca al escritorio en penumbra, acompañada solo por el reflejo de la luna. Se acerca más, temblando, queriendo ver de verdad. Estoy segura de que logrará hacerlo, porque ella siempre fue la

más receptiva. Es una artista, y aunque todos nacemos con los ojos vendados, lleva años entrenando a su alma para hacerla intuitiva.

Por eso quizás se dará cuenta de que este estuche fue fabricado a mano, tejido a mano, por una persona para alguien adorado, alguien con la inocencia de un niño que pasa sus días en un verde campo. Quizás encuentre la rotura por la que un hombre muy malvado logró apuñalar el corazón del oso, abriéndose así una salida por la que pudo escapar mientras este guardián se desangraba. Quizás logre diferenciar las cadenas de oro y piedras preciosas con las que los duendes ataron al asesino en aquel mundo diminuto.

O quizás verá solo un estuche de útiles escolares.

Por ahora.

Porque todas estas son miradas que se le han quedado impregnadas la noche en que morí: es la mirada la que decide qué es un objeto abandonado y qué es una cosa preciosa.

Esta cosa preciosa se describe de este modo.

Se mira de este modo:

una tela verde,

un tejido verde,

un cierre negro,

un oso pardo;

una cama fría,

un tejido caliente,

un cierre metálico,

un oso pardo;

un deseo resistente,

un cuerpo frágil,

un cuchillo oxidado,

un oso pardo.

Lo que el tiempo no pudo cambiar, lo que las miradas no pueden desenfocar: una cosa preciosa es eso, Carly, es la fracción de los objetos que, aún si los vemos desde todos los ángulos, jamás podemos terminar de descifrar. Es lo que no pertenece a ellos, lo que alguien introdujo y se desarrolla con su propia cuota de miradas. Eso es lo que necesito que veas.

□ □□ □□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □

Gracias por leer *Cuentos de Concursos*

□ □□ □□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □

Capítulo 12

□□□□□□

**CUENTOS QUE NACIERON PARA LUCHAR,
PERO QUE SE RETIRARON A TIEMPO PORQUE APRENDIERON
ALGO MUCHO MÁS VALIOSO.**

□□□□□□

Hace diez años el mago intentó levantarse más temprano en la mañana. Quería empezar el día antes que el sol, establecer una rutina de práctica para mejorar sus hechizos. Especialmente, deseaba terminar un hechizo en particular, que ni siquiera había comenzado a cimentar pero en el cual llevaba muchos años trabajando, tantos que el hechizo casi parecía haber nacido junto con él. No era la primera vez que el mago intentaba volverse un poco más "disciplinado" en su labor. Pero, como había sucedido en la gran mayoría de las ocasiones anteriores, se quedó dormido.

Bueno, no dormido *dormido*.

Más bien permaneció en cama dando tumbos, como luchando contra algo que nadie, ni siquiera él mismo ni yo, podíamos ver.

La *verdad*... es que la cama del mago estaba encantada.

Acaso fuera un encantamiento arcano, de los tiempos en que la magia no necesitaba a los magos, o quizás había quedado encantada por todos los magos que durmieron en ella antes que él, en épocas distantes y otras cercanas.

Aquella era una cama típica de un hombre de sus características. Había viajado a través del tiempo. Había servido a héroes y villanos, personas importantes. Tenía una base de ramas y raíces retorcidas, su respaldo era el tronco de un álamo de otoño, su dosel una techumbre de hojas amarillas que caían suavemente y de forma perpetua. Olía a cera de abejas y a resina fresca.

El encantamiento consistía en una especie de poder que jalaba al mago hacia el jergón de plumas de lechuza y seda dorada. Lo arrastraba como el mar arrastra a los hombres que se quedan mirándolo mucho tiempo por la noche (y que generalmente son piratas). Los ojos del mago permanecían cerrados, aunque yo viera perfectamente que por debajo de sus pestañas azules se movían, demasiado activos para que el movimiento perteneciera a un sueño o a una pesadilla. Los párpados le

pesaban, le ardían las comisuras de los ojos. La cabeza también le pesaba y él solía gritar que el cuello le aullaba de dolor, o que habría aullado si el mago no le hubiese arrancado las cuerdas vocales, como a cada parte de su cuerpo.

—Si mi cuerpo pudiera hablar —me dijo una vez el mago—, se quejaría de que no lo cuido bien. Lo obligo a dormir, pero no a descansar. Lo tengo acostado en esta cama donde se siente incómodo y presionado.

Por momentos yo pensaba y *quería* decirle al mago:

"Ven, amigo, ven, estamos de vacaciones en el reino, así que puedes dormir un poco más. Trata de descansar esta vez".

Nunca se lo dije, pero creo que él sí se lo decía a sí mismo.

El mago se sumía en un sueño inquieto hasta que ya no soportaba más estar acostado. Así pasaba el tiempo, y cuando se levantaba parecía que algo de él seguía atrapado en la cama encantada: la tranquilidad de unas horas en silencio, necesarias para la concentración y la inspiración, horas exquisitas para soñar despierto y confeccionar hechizos maravillosos, todas perdidas. Horas perfectas que él desperdiciaba en dormir, y yo me preguntaba si realmente estaba tan cansado, si tenía el sueño roto, o si solo intentaba no enfrentarse al taller de magia.

—¿Es tan fácil mentirse a uno mismo en el umbral del reino de los sueños? —me preguntó una que otra vez, y yo repliqué: "¿Qué mentiras te estás contando junto a tus ovejas?" una de tantas.

Para cuando el mago lograba liberarse de los efectos del encantamiento, generalmente por la mañana cuando el sol arrasa, el mundo ya se había despertado. El mundo gritaba y chillaba, reclamaba al mago para que realizara todas las tareas imposibles para aquellos no-magos, y él emprendía con diligencia el cumplimiento de sus órdenes repitiéndose que lo intentaría una vez más cuando todo terminara... pero la cama y el taller seguían jalando de él. Todavía están jalándolo. El taller, porque él desea trabajar en su hechizo. Siempre está pensando en el hechizo. Y la cama encantada, me atrevo a suponer, porque ahí es donde sueña que el hechizo está casi terminado y que todo ha sucedido de forma simple y natural, y poética. Quizás el mago no quiere dejar de soñar.

Pero entonces, ¿por qué no se muda dentro de su sueño, y en cambio siempre está intentando volver al taller?

□ □□ □□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □ □□□□ □

Gracias por leer Cuentos de Concursos

